



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



VI – Muerte en el hamam

11 – El pequeño rey

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 6

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org

info@cedcs.eu

11 – El pequeño rey

De cómo, Baïbars y el joven rey El-Ashraf son heridos al enfrentarse con el capitán cristiano Marín. Derrota de los francos y de Yauán, gracias a la intervención de los *fidais* y, de nuevo, la profecía se cumple...



A la mañana siguiente, a la señal de “pies en los estribos”, los dos ejércitos se colocaron en orden de batalla, y, por ambas partes, los campeones se desafiaron, y se enfrentaron en combate singular. Lo mismo hicieron al día siguiente, y al otro, y así siguieron tres días más. Al sexto día, el capitán Marín, el infame canalla que había herido a Baïbars, se adelantó en el campo de los torneos; hizo caracolear a su caballo, provocando a los campeones del campo contrario a medir sus armas con él. Numerosos caballeros musulmanes aceptaron el desafío, pero sin éxito: unos fueron muertos, otros capturados, y a otros, les dejaron directamente fuera de combate. A ese paso, el número de contendientes musulmanes disminuyó rápidamente: a media mañana, no había nadie que se atreviera a medirse con Marín, porque aterrorizaba incluso hasta a los más valientes.

Fue entonces, cuando vieron una nube de polvo elevarse oscureciendo el horizonte; pronto se disipó, desvelando, entre el resplandor de las cotas de malla y los destellos de cascos y cimbras, un inmenso ejército de caballeros, vistiendo armaduras de hierro, y galopando velozmente. Por encima de sus cabezas, destacaban las enseñas del Islam y los gallardetes Ismailíes, y delante de todos ellos, marchaba un caballero de aspecto terrible, blandiendo el estandarte de ‘Aly, el Caballero de los furiosos asaltos; se trataba del valiente hijo de “El Ceñudo”, el gallardo capitán Sulaymân “El Búfalo”. Le seguían ochentaicinco capitanes Ismailíes, con mil guerreros cada uno, armados con la *shâkriyyeh*, y vistiendo la toca escarlata.

Entre el fragor del acero y los flameantes estandartes, los capitanes que llevaban el gallardete, echaron pie a tierra junto al pabellón real, y se informaron sobre las últimas nuevas de la situación. Le dijeron que el rey, los visires y el emir Baïbars estaban heridos, y que reposaban dentro del pabellón, atendidos por los médicos. Los servidores les comentaron cómo había sucedido la cosa, y, señalando a Marín, que caracoleaba con su caballo entre los dos ejércitos, añadieron que ese era el que había herido a Baïbars.

Enseguida, el capitán Sulaymân volvió con sus hombres.

- ¡Han herido al *jawand* Baïbars! –les comunicó–. El que le ha dado el golpe ha sido ese maldito perro que se pavonea en el campo de batalla.

No había tenido tiempo ni de cerrar la boca, cuando el capitán Fajr El-Dîn Yisr espoleó a su caballo y, lanzando un rugido que habría hecho temblar a las montañas, se lanzó a raudo como un rayo, y cual león furioso, sobre el infame Marín. El otro, le esperó plantado firmemente; igual que la tierra sedienta espera las primicias de la tormenta, y comenzó el combate.

Embistiendo con las lanzas, cruzando los sables, golpeando y empujando, galopando a lo largo y ancho del campo, los dos héroes se enfrentaron, envueltos en el estruendo del choque de sus armas. Al cabo de una hora, ambos se encontraban en el momento justo de asestar el golpe fatal a su adversario; pero Fajr El-Dîn fue el más rápido. Cerrando el paso a Marín, muy de cerca, e impidiéndole maniobrar, le asestó con el sable un formidable golpe con la izquierda, cortándole el cuello y haciéndole volar la cabeza de los hombros. El cuerpo, decapitado, se desplomó por tierra, bañado en su propia sangre, y sacudido de un último espasmo.

Entonces, el capitán Fajr El-Dîn comenzó a galopar y a hacer caracolear a su caballo en medio del campo de batalla, desafiando a los campeones del bando adversario. Rápidamente, Simón, el hermano de Marín, cogió el guante y aceptó el reto; intercambiaron unos golpes, como para hendir el hierro y pulverizar las rocas, pues ambos eran caballeros valientes, guerreros sin par. El combate duró bastante tiempo indeciso, prolongándose así hasta el mediodía. Entonces fue cuando el capitán Fajr El-Dîn tomó la delantera a su adversario, y abatiéndose sobre él, como el nubarrón de una tormenta, le atravesó con la espada el pecho de lado a lado, haciéndola rodar por tierra más allá de veinte codos. Enseguida se presentó el tercer hermano; pero el capitán Fajr no le dejó tiempo ni de maniobrar, pues de un solo golpe de su *shâkriyyeh* le envió a reunirse con los otros.

Al ver el descalabro sufrido por sus campeones, el fraile Yauán se vio consumido por una rabia feroz y más ardiente que el fuego del infierno, en donde arden sus antepasados. Arrojando juramentos, tomó el *shinyâr*¹ y lo agitó con violencia, gritando a pleno pulmón: “¡Dâli!”². Pronto la señal de ataque se extendió por todas las filas y el ejército franco cargó como un solo hombre. Los musulmanes los recibieron a medio camino y comenzó la batalla.

El sable tenaz y la devastadora lanza entonan su canto de muerte: guerrero contra guerrero, héroe contra héroe. Nubes de polvo se elevan a diestro y siniestro, y a su través, uno creería ver alzarse al Genio de las batallas, inmenso y semidesnudo. Es esa hora terrible en la que hasta los héroes combaten con los dientes apretados, silenciosos, el corazón lleno de oscuros terrores; la hora de la verdad, en la que los cobardes abandonan y sólo resisten los de más coraje. Cabezas tajadas tapizan la tierra, manos cortadas vuelan cual hojas de otoño, y los regueros de sangre que recorren el polvo, parecen trazar mensajes en una ignota escritura.

Durante mucho tiempo, la batalla no acababa de inclinarse ni a uno ni a otro bando, mientras tanto, el sable seguía silbando, y la contienda, cual llama insaciable, consumía a héroes y valientes. De pronto, cuando ya se estaba poniendo el sol, los

¹ Este término, del que no hemos podido descubrir su origen (puede que sea una deformación de “señal” o de su equivalente en cualquier otra lengua romance), designa la bandera de los francos.

² En *lingua franca*, “¡Adelante!”, “¡A la carga!”.

enemigos comenzaron a verse perdidos y se retiraron derrotados, desperdigándose por la estepa. El *babb* Abd El-Salib fue uno de los primeros en darse a la fuga, imitado por el inmundo puerco de Yauán y por el siniestro Bartacûsh; corrieron sin parar hasta llegar a Yaffa, allí se embarcaron a toda prisa en su navío, lanzaron las amarras y partieron hacia su país, extrañados aún de encontrarse vivos.

Mientras tanto, los *fidauis* y el ejército regular, después de dejar la persecución, regresaron a su campamento, recogiendo los caballos dispersos y las armas abandonadas. Tomaron posesión del campamento enemigo, y se hicieron con todo el botín, pues allí se encontraban todavía el equipaje y el tesoro de los francos. El emir Baibars, algo mejorado de sus heridas, tomó un quinto¹ para el tesoro de los musulmanes, y distribuyó el resto entre los combatientes, recompensando a cada uno, conforme a sus méritos, y la satisfacción fue general. Los valientes *fidauis*, no querían aceptar su parte, pero, cuando Baibars les amenazó con que jamás les volvería a llamar, si la rechazaban, acabaron por cambiar de opinión, y, tras desearle larga vida y victoria sobre sus enemigos, montaron a caballo y regresaron a sus tierras.

El rey El-Ashraf y los jefes del ejército regular, fueron a Jerusalén, en donde pasaron dos días. Al tercero, tomaron el camino de El Cairo, seguidos de sus soldados, que volvían más ricos que cuando partieron. Próximos a la capital, adonde llegaron sin acontecimientos dignos de mención, pasaron la noche en la Jâniqah y, a la mañana siguiente, hicieron su entrada solemne en la ciudad, adornada para la ocasión. Muy contento y orgulloso de su victoria, el pequeño rey entró en su palacio, y los visires y emires se dispersaron, para ir cada cual a su casa.

Dos días más tarde, el rey Ashraf convocó sesión plenaria del Consejo; distribuyó los caftanes de cargos a visires y emires, confirmándolos a todos en sus funciones; hecho esto, invitó a todos los dignatarios a que pasaran la tarde con él en sus aposentos particulares.

De modo que, cuando se levantó la sesión, el joven rey se levantó del trono y, seguido de visires y emires, se fue al Salón de los Beduinos de Baysar². Poco después trajeron una inmensa bandeja repleta de las más delicadas viandas. Cuando todo el mundo se hubo saciado, trajeron los dulces y los sorbetes; entre medias, como ya había caído la noche, presentaron a los comensales del rey: sabios, gente juiciosa, narradores, hombres elocuentes y místicos, se turnaron para contar historias maravillosas, cuentos graciosos y relatos edificantes, para gran placer y gozo del pequeño rey. Ya bien entrada la noche, visires y emires se dispusieron a volver a su casa.

¹ En el Derecho musulmán, “el quinto” de todo el botín de guerra ha de depositarse en el Tesoro de la Comunidad (es decir, en la práctica, el Estado), el resto, se reparte entre los combatientes, según sus méritos.

² No hemos podido identificar ni este salón, ni el origen de su nombre; siguiendo el contexto, se trataba de un salón de recepciones, dentro de los aposentos privados del rey.

- Quedaos a dormir aquí –les propuso el rey El-Ashraf–; así podemos seguir divirtiéndonos todos juntos.

No tuvieron más remedio que aceptar, pues, de todos es sabido que es imposible sustraerse a la invitación de un rey. Su alegre entretenimiento prosiguió hasta media noche; luego, cada cual se fue a acostar. El rey, se retiró a una alcoba practicada en el interior del mismo salón, en donde acostumbraba dormir. Así que, corrieron simplemente las cortinas de su lecho y se durmió apaciblemente, sin sospechar, ni un momento, de la suerte que le tenía reservada el destino. Visires y emires se tendieron en los colchones dispuestos sobre el suelo de la misma sala, y no tardaron en dormirse ellos también.

Al cabo de una hora, Aïbak el turcomano se despertó de pronto; se sentó en cuclillas y vio que alrededor de él, todos dormían. Y entonces, un pensamiento infame nació en su espíritu: el de asesinar al pequeño rey El-Ashraf, para vengarse de las afrentas que le había hecho sufrir. Empujado por la oscura fuerza del demonio, incapaz de resistir a la tentación, se levantó, se deslizó sin hacer ruido en la alcoba en donde dormía El-Ashraf y, apoderándose de la almohada, se la puso sobre la cara, apretando con todas sus fuerzas e inmovilizándole los brazos. Continuó presionando la almohada hasta que el pobre pequeño rey entregó su alma. Aïbak, concluido su crimen, volvió a tenderse en su colchón, sin que nadie le viera, pues así lo había decidido el Decreto divino.

Al día siguiente, por la mañana, todos se fueron despertando.

- Hijo mío –le dijo el visir Shâhîn a Baïbars–, ve a despertar al rey El-Ashraf: casi ha pasado ya la hora de la plegaria, y el sol está a punto de aparecer.

Baïbars se acercó entonces a la entrada de la alcoba y dijo en voz alta:

- ¡La plegaria es mejor que el sueño, Comendador de los creyentes!

Pero esa llamada quedó sin respuesta, así como la segunda y la tercera.

- ¡Oh, vos que dormía, despertaos! –dijo Baïbars a voz y en grito–. ¡La noche ha terminado, aparece el alba!

Y ninguna respuesta.

- ¡Esto es lo que se dice tener un sueño profundo! –remarcó el visir– Emir, entra pues a la alcoba y sacúdele.

Entonces, Baïbars entró allí, pero, al primer vistazo, se dio cuenta de que el joven rey estaba muerto. Avisó de inmediato a los dignatarios, a los que esta noticia les llenó de estupor y consternación. Sobre todo, merecía la pena ver al emir Aïbak: ¡golpeándose una mano con la otra, poniendo caritas desoladas, derramando lágrimas de cocodrilo!

- Y pensar que apenas hace unas horas él estaba tan feliz y saludable –gemía el muy hipócrita.

- Pues sí –afirmó el visir Shâhîn–, de todas las cosas, la muerte es la que está más próxima al hombre.

La noticia llegó hasta la reina Shayarat El-Durr, que estalló en sollozos y creyó morir de pena; todo el harén retumbaba con los lamentos de las mujeres. Muy pronto, el rumor se extendió por la ciudad, y todo el mundo lloró al pobre joven rey, que jamás había hecho mal a nadie. El anuncio de su muerte se hizo desde lo alto de los minaretes; se cerraron los mercados y los lugares públicos en señal de duelo. Los sheij de El-Azhar llegaron para hacer la purificación del cadáver, ponerle la mortaja y enterrarle en el mausoleo de los sultanes. De ese modo pasó a mejor vida el rey Jalîl El-Ashraf, víctima de la maldad y de la traición.

Al final de la ceremonia, el visir Shâhîn pidió a los miembros del Consejo que se reunieran al día siguiente para proclamar a un nuevo rey; luego, se separaron y cada cual se fue a su casa. El emir Aïbak regresó a su palacio, al igual que los demás; el siniestro individuo no hacía más que frotarse las manos, contento por el éxito de su empresa. Pero, esa noche, mientras dormía, vio aparecer ante él al rey El-Sâleh Ayyûb.

- ¿Pero qué daño te había hecho mi hijo, que aún no era más que un niño, para que lo asesinaras? –le dijo encolerizado– ¡Maldito intrigante! ¡Pronto Dios te hará perecer, igual que tú lo has dado muerte, y entonces verás el castigo que te reserva Aquel que es el más equitativo entre los justos! ¡pero mi hijo, él, recibirá la recompensa de los verdaderos mártires y de los justos!

Después de decir estas palabras, El-Sâleh desapareció. Aïbak se despertó aterrorizado y con amargos remordimientos por lo que había hecho; pero, ¿de qué sirven los remordimientos? Ya no le quedaba otra salida que callarse y ocultar su terrible secreto.

**** * * * * *

Próximo relato de “Muerte en el hamam”

VI.12 - “Baibars corona al intrigante, y sólo gana problemas”